



La Verdadera devoción a la Santísima Virgen

PARTE PRIMERA

CAPITULO II

Discernimiento de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen.

Artículo I

VERDADES FUNDAMENTALES.

1.—Primera verdad: Jesucristo, nuestro fin último.

(CONTINUACIÓN)

ANIMADA por el fervoroso espíritu de amor, que vimos antes, la mariana lengua de nuestro ardentísimo Beato, absorto ante el desamor y sistemático empeño de algunos sabios católicos de su tiempo, los increpa rebosando sus palabras la amargura de su corazón, siéndole siempre la nota más dolorosa en estas consideraciones, la de que por más honrar al Hijo divino se callen o menoscaben las glorias de la divina Madre. Y por este motivo después de haber considerado nuestro Beato la inseparable unión que existe entre María y Jesús en el número anterior, en el que ahora nos toca estudiar que es el 699 dice: «Según esto, amable Señor, ¿no es una cosa que causa admiración y lástima ver la ignorancia y las tinieblas que embargan a los hombres de este mundo con respecto a vuestra Santísima Madre? Y ahora no hablo de tantos idólatras y paganos que, no conociendo a Vos, menos pueden conocer a Ella; no hablo tampoco de los herejes y cismáticos que, como están separados de Vos y de vuestra Iglesia, no cuidan para nada de ser devotos de vuestra Santísima Madre; hablo, sí, de los católicos y aun de algunos doctores católicos que, haciendo profesión de enseñar a los otros, ni os conocen a Vos ni a vuestra Santísima Madre más que de una manera especulativa, seca, estéril e indiferente».

Escluye primero nuestro montfortiano maestro a los que por motivo más o menos fundado no se les puede exigir *hic et nunc* que conozcan, amen y honren a María. Los hombres de este mundo, considerados en general, son los primeros que admiran y hacen sentir compasión al beato Grignon, y con razón; los mundanos no tienen el corazón dispuesto para amar a María. Esta Reina es del cielo y el mundo que odia a Cristo, ni en esta ni en la otra vida